

pos de las Galias que acababa de condenar en Poitiers, en un concilio que nos ha dejado algunos cánones instructivos. Se encuentra en él la prohibición de que reciban los clérigos la investidura de los legos, y de que tengan muchos beneficios, como también de que los abades y los monges impongan penitencias sino por comisión de los obispos. Se estableció también en este concilio que los abades y los arciprestes recibiesen el orden del presbiterado, y que los arcedianos recibiesen el diaconado, ó perdiesen su beneficio.

39. Celoso Hugo de la observancia de los cánones, se había grangeado mucho tiempo antes la estimación del Papa Gregorio, el cual creyó que debía señalar las primicias de su pontificado con la elevación de aquel canónigo de Leon al episcopado (1). Giraldo, obispo de Ostia y legado de Alejandro II en Francia y Borgoña, supo al pasar por Dié que el obispo Lancelin era simoníaco: le citó, y el reo condenado ya por su propia conciencia, se mantuvo encerrado en el palacio episcopal, resuelto á defenderse en él á mano armada. El legado convocó el clero á la iglesia con los principales ciudadanos. Estando ya reunidos, entró á hacer oración en la misma iglesia Hugo que pasaba por Dié para ir en peregrinación á Roma. Repentinamente se oyeron grandes gritos á favor de aquel piadoso peregrino, que creían enviado por la Providencia para reemplazar al obispo indigno, cuando buscaban un su-

(1) *Chron. Hug. Flav.* pag. 194.

cesor que ocupase su silla. Cogieron á Hugo en la misma disposición en que se hallaba, y á pesar de la resistencia que opuso le presentaron al legado, el cual, interpretando la voz del pueblo como si fuese la del mismo Dios, le obligó por la autoridad de la santa Sede á aceptar la dignidad episcopal. Restituido á Roma el legado, dió parte de esta elección al Papa Gregorio que acababa de suceder á Alejandro. Poco después llegó el mismo Hugo, que no tenía más órdenes que la primera tonsura. En menos de tres meses le confirió el Papa todas las órdenes, y al punto le envió á gobernar su pueblo. Algun tiempo después le nombró por legado suyo en Francia, donde este hombre animado de un celo ardiente se empleó con todo su poder en el restablecimiento de las leyes canónicas. Últimamente fue elevado á la silla honorífica de Leon.

40. En esta ciudad pronunció en nombre del Papa la sentencia de condenación contra Manasés de Rems (1). Entre el gran número de enemigos del reo, ó por mejor decir de vengadores celosos de su Iglesia, eran los dos más temibles un eclesiástico llamado Manasés como él, y un doctor de la escuela de Rems, llamado Bruno. Era este natural de Colonia, canónigo de San Cuniberto en la misma ciudad, y recomendable desde entonces por su doctrina, por su virtud y por aquellas ideas de perfección que le movieron después á instituir el único orden antiguo, en que no han tenido todavía entrada el espíritu del si-

(1) *Chron. Virid.* pag. 205. = *Tom. 10. Concilior.* pag. 390.

glo y la relajacion. La vida del sacerdote Manasés no habia sido siempre tan irreprehensible como la de Bruno; pero despues de haber adquirido por medios poco canónicos el deanato del cabildo de Rems, reparó sus faltas con un valor no menos glorioso que la inocencia: hizo dimision de su dignidad en manos del legado Hugo, y solo se portó en lo sucesivo como un defensor sincero de la fe y de la disciplina, lo que fue causa de que veinte años despues se le elevase á la misma silla de Rems. El arzobispo Manasés creyó que le seria mas fácil corromper á su juez que á semejantes acusadores, y así luego que se vió citado al concilio de Leon, envió diputados, por cuyo medio ofreció al legado trescientas libras de oro, y á sus criados regalos proporcionados, á fin de que no se exigiese otra justificacion que la del juramento; pero el legado desechó con el horror conveniente estas ofertas perjuras.

Tomó el arzobispo el partido de quedarse en Rems, y envió una apología en que se hacia visible su mala fe aun á los menos advertidos. Envió tambien al Papa una carta escusatoria, en que no alegaba ninguna razon plausible. Se mantuvo firme Gregorio en que se le juzgase en las Galias, donde se hallarian sus defensores y acusadores con mas facilidad que en Roma, y le mandó que entretanto se retirase al monasterio de Cluny ó al de la Casa de Dios, con un eclesiástico y dos criados solamente. No habiendo egecutado nada de lo que se le habia prescrito, le declaró el papa escomulgado y depuesto sin esperanza

de volver á su antiguo estado. Queriendo Manasés mantenerse con mano armada, fue arrojado por los señores, por el clero y por el pueblo, y se retiró á los estados del Rey Enrique, donde murió sin tener domicilio.

41. Muchos grandes del siglo dieron por el mismo tiempo unos egemplos muy capaces de reparar este escándalo (1). Hugo de Borgoña, biznieto del Rey Roberto, y nieto de Roberto primer duque de Borgoña, de la familia real de Francia, despues de tres años de gobierno que le conciliaron el afecto de todo su pueblo, deseando asegurar su salvacion, y movido de los grandes egemplos de su pariente San Hugo de Cluny se consagró á Dios para siempre en esta célebre escuela de perfeccion, confirmandose en su generoso designio con el egemplo de Simon, conde de Crepi en Valois, y uno de los señores mas poderosos de Francia. La primera noche de sus bodas persuadió Simon á su esposa que se dedicase como él al Señor, y fue inmediatamente á tomar el hábito al monasterio de San Claudio de Borgoña, donde murió en olor de santidad el último dia de Setiembre del año 1082, despues de haber fundado diez monasterios. Igual egemplo de virtud dió Guido, conde de Macon, el cual se retiró á Cluny con toda su familia; de suerte que por falta de sucesores quedó reunido este condado á Borgoña, y sujeto al duque Eudon, hermano y sucesor de Hugo.

(1) *Mab. sæc. VI. Bened. part. 2. pag. 373.*

Luego que supo el Papa el retiro del duque de Borgoña, culpó al santo abad de Cluny, como si hubiese preferido la ventaja de su monasterio al interés general de la Iglesia. En los tres años que reinó este Príncipe había sido constantemente el apoyo de los hombres de bien y el terror de los malos. Le estimaba particularmente el Papa Gregorio por su adhesión á la Iglesia en un tiempo en que tenía éste que sufrir tantas contradicciones; y fue tal la piedad del duque, que restituyó á la santa Sede todas las posesiones de que la habian despojado algunos antecesores suyos, y aun su mismo padre. Escribió el Pontífice en estos términos al abad de Cluny: „¿en qué habeis pensado al llevaros á vuestro monasterio un Príncipe, que resistia tan valerosamente á los impíos, que no hubiera temido morir por la verdad, y que sostenia con el mayor empeño la causa de Jesucristo y de su Iglesia? Si huyen ó buscan el sosiego los que defienden el rebaño, ya no es posible resistir á los lobos y á los ladrones. Mostraos enhorabuena poco sensible á mis inquietudes y á mi dolor; pero ¿podeis mirar con indiferencia las lágrimas de las viudas y de los huérfanos, las quejas del clero, y la ruina de las provincias y de las iglesias? Muchos monges hay que temen á Dios, pero apenas se encuentra un buen Príncipe.” Fueron ineficaces los deseos del Papa, porque el duque de Borgoña se mantuvo inflexible en su resolución. En los quince años que vivió en el monasterio fue la admiración de todos, especialmente por su humildad, para cu-

yo ejercicio se empleaba en servir á sus hermanos en los ministerios mas viles.

42. Habiendo fallecido en Normandía el venerable Herluino, abad del monasterio del Pico, le sucedió San Anselmo (1). La reputación de Laufranco habia atraído á este hombre raro desde la Lombardia de donde era natural, y donde habia empezado sus estudios con mucho aprovechamiento. Los continuó con este sabio maestro, cuya amistad se granjeó muy en breve, así por su buena índole, como por su talento y disposiciones para la virtud. Antes de hacerse religioso estaba inflamado de una caridad ardiente para con sus condiscípulos, se complacia en facilitarles sus estudios, estudiaba él mismo sin intermision; y para conservar con mas seguridad su inocencia, añadía á sus trabajos los ayunos, las vigili-
as, maceraciones extraordinarias, y un retiro inviolable. Reflexionando un dia acerca de este método de vida con una exactitud que es la mejor prueba de su buen juicio, y mucho mas de la gracia que guiaba sus pasos, se dijo asimismo, que no haria mas en el estado monástico, y que abrazándole aseguraría mejor su salvación. Entretanto habiendo sabido la muerte de su padre, por la cual quedaba heredero de cuantiosos bienes, dudó si se consagraria á la vida solitaria, ó si seria mas acertado dedicarse á aliviar á los pobres con las riquezas que habia heredado. Consultó á Laufranco, y este resolvió á fa-

(1) *Vit. per. Ddmer. ap. Bolland. die 12. Apr.*

vor de la vida monástica de acuerdo con Maurilo, arzobispo de Roan.

Solo trató ya Anselmo de elegir monasterio, y movido de una consideracion demasiado sublime para un mozo que deseaba con ansia hacerse célebre por su talento, entró en el monasterio del Pico, siendo su prior Laufranco, con el objeto de quedar obscurecido con la presencia de este grande hombre. Habiendo sido nombrado Laufranco abad de San Estévan de Caen, tres años despues le sucedió Anselmo á los treinta de su edad. Inmediatamente empezó á dar pruebas de su destreza para el gobierno. Murmuraban algunos hermanos de que hubiese sido preferido á ellos en la prelación, teniendo muchos menos años de profesion; y la defensa que opuso á esto fue aumentar su caridad, su paciencia y modestia, y tratar á todos con aquella dulzura angelical que le caracterizaba, y le hizo dueño de los corazones de sus súbditos.

Un abad, que tenia gran reputacion de virtud, se quejaba un dia en su presencia de los niños que se educaban en su monasterio. „Estamos, dijo, corriguiéndolos continuamente, y sin embargo cada vez son peores. Y cuando llegan á cierta edad, replicó Anselmo, ¿qué es de ellos? Son estúpidos, y lo mismo que brutos, respondió el abad. Ve ahí, dijo Anselmo, una educacion escelente que convierte al hombre en bruto. Pero decidme, padre abad, si despues de haber plantado un árbol, le estrechais por todas partes de modo que no pudiese estender las ra-

mas ni crecer con libertad, ¿dejaría de salir torcido, y no menos estéril que desagradable? Oprimiendo así á esos pobres niños, haceis que den lugar á pensamientos tristes y á inclinaciones perversas que se consolidan con los golpes, y de aquí resulta que la misma continuacion de las correcciones los hace incorregibles, sucediendo que su corazon oprimido no es capáz de experimentar la confianza, ni las dulces impresiones de la amistad y de la caridad. Las almas fuertes se perfeccionan con los trabajos y humillaciones; pero las débiles necesitan ser convidadas con dulzura y afabilidad á la carrera de la virtud.” Penetrado de este discurso el abad se echó á los pies de Anselmo, confesando que no habia procedido con discrecion y prometiendo enmendarse.

43. La misma destreza mostraba el santo doctor en la direccion de todas las almas. Estaba tan versado en la ciencia práctica de las costumbres, que descubria á cada uno los movimientos mas imperceptibles de su corazon, el origen y los progresos de las virtudes y de los vicios, y los medios mas apropiados para corroborar aquellas y estirpar estos. No se mostró menos profundo en las ciencias especulativas. Tenia una metafisica que le era propia, y la adoptó de un modo único y singular á las verdades de la Religion, y á los testimonios de la sagrada Escritura, resolviendo por ellas muchas cuestiones de teología, obscurísimas en su tiempo y que no habian sido tratadas hasta entonces. Donde manifestó particularmente la sagacidad de su espiritu fue en la pri-

mera obra que escribió, intitulada el Monólogo, en los tratados de la Verdad, del Libre Albedrío, y de la Caída del demonio, en que esplica el origen del mal; y en la obra de dialéctica acerca de las substancias y sus modificaciones. En el Monólogo, al cual añadió despues el prólogo, buscó con las fuerzas de la razon natural las pruebas metafísicas de la existencia de Dios, de donde pasa al conocimiento de su naturaleza, y de las divinas Personas, en cuanto puede alcanzar la razon con el auxilio de la fe. En el prólogo se encuentra el descubrimiento que hizo San Anselmo relativamente al Ser Supremo, cuya existencia, dice, se establece con la sola idea de él, supuesto que siendo la existencia una perfeccion, está necesariamente comprendida en esta idea. Por estos varios escritos ha sido mirado su autor como el mejor metafísico que ha tenido la Iglesia latina despues de San Agustin.

Aunque tenia mucha inclinacion á las ciencias, no pudo satisfacerla como deseaba, á causa de los muchos asuntos que le distraían del estudio, y principalmente porque no pudiendo trabajar ya el venerable Herluino por su edad avanzada, tenia que llevar Anselmo todo el peso del gobierno. Le ocurrió el pensamiento de hacer renuncia de su priorato, y fue á Roan á consultar al arzobispo Maurilo. Este prelado estaba muy versado en el conocimiento de la vida interior y de la disciplina monástica que habia practicado en Fecamp, de donde le sacaron contra su voluntad para colocarle en la silla ar-

zobispal. „Hijo mio, dijo á Anselmo, no te dejes engañar de la indolencia, que se oculta muchas veces bajo el horror aparente de los empleos y dignidades. En mi larga carrera he visto muchos, que habiéndose retirado de la direccion de las almas, cayeron en una verdadera pereza, y en una relajacion funesta, en vez de encontrar la santa piedad, que al parecer se proponian. Por tanto, te mando en virtud de santa obediencia, que conserves tu empleo todo el tiempo que quiera tu abad. Y cuando seas llamado á un puesto superior, guárdate de resistirte. Yo sé que la Providencia no tardará en sacarte del grado en que te hallas.” Esta respuesta que causó á Anselmo una afliccion estremada, se verificó en el año 1078, en que inmediatamente despues de la muerte del abad Herluino fue elegido por sucesor suyo, sin faltarle ni un solo voto. Hizo todo lo posible para eximirse de este nuevo encargo, y si cedió al fin, fue por el temor de resistir á la orden de Dios, en vista de lo que le habia dicho el arzobispo Maurilo.

Los bienes que poseía esta abadía en Inglaterra, obligaron al nuevo abad á hacer algunos viages á aquel pais; á lo que le movia tambien en parte el amor que conservaba á su antiguo maestro Laufranco, que algunos años antes se habia visto precisado á subir á la gran silla de Cantorberi. En todos los lugares por donde pasaba Anselmo le recibian con distincion, no solo los religiosos, las religiosas y el clero, sino tambien los condes, las condesas y los señores